



## Escuchamos y hablamos con el Señor

27 marzo

Señor Jesús, hoy venimos a contemplarte en la cruz.

Queremos comulgar con los sentimientos que vives en el momento de tu crucifixión. Vamos a meditar tus palabras en la cruz

### 1ª.- PADRE, PERDÓNALOS PORQUE NO SABEN LO QUE HACEN (Lc 23,34)

Cuelgas de la cruz. Te han clavado. No te puedes separar de este palo. Las heridas quemán tu cuerpo. La corona de espinas atormenta tu cabeza. Tus manos y tus pies heridos son como traspasados por un hierro candente. Y tu alma es un mar de desolación, de dolor, de desesperación.

Los responsables están ahí, al pie de la cruz. Ríen, insultan, blasfeman. Están convencidos de tener la razón. Piensan que lo que hacen es un homenaje a Dios.

¿Existen hombres capaces de tanta bajeza? ¿Hay, al menos, un punto común entre Tú y ellos? ¿Puede un hombre torturar así a otro hombre, hasta la muerte? ¿Cómo lo permite Dios?

Sin embargo, Tú dices: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". ¡Eres incomprensible, Jesús! Amas a tus enemigos y los encomiendas al Padre. Intercedes por ellos. Señor, y los disculpas: "no saben". Tú dices que no saben lo que hacen. Pero sí, hay algo que no saben: tu amor por ellos.

*Pronuncia tu palabra de perdón sobre mis pecados. Di al Padre: "Perdónalo porque no sabe lo que ha hecho". Lo sabía... lo sabía todo, pero no conocía tu amor.*

*Hazme pensar tu primera palabra cuando recite distraído el Padre Nuestro y afirme perdonar a los que me ofenden. Necesito tu fuerza para perdonar de corazón a aquellos que mi orgullo y mi egoísmo consideran como enemigos.*

### 2ª.- YO TE ASEGURO: HOY ESTARÁS CONMIGO EN EL PARAÍSO (Lc 23,43)

Agonizas y, sin embargo, en tu corazón rebosante de dolor hay todavía un sitio para el sufrimiento de los otros. Vas a morir y te preocupas por un criminal que, atormentado en su martirio infernal, reconoce que su pena fue merecida por su vida de maldad.

Al morir nos preocupamos de nosotros mismos, pues los otros nos dejan solos y abandonados. Tú, sin embargo, piensas en las almas que deben ir contigo a tu Reino. ¡Corazón de misericordia infinita! ¡Corazón heroico y fuerte!

Un delincuente miserable pide que te acuerdes de él y Tú le prometes el Paraíso. ¿Se puede transformar tan rápidamente con tu proximidad una vida de pecado y de vicio? Si pronuncias las palabras de absolución nos perdonas los pecados y las bajezas más repugnantes de cada vida criminal. Nada puede impedir la entrada a la santidad de Dios.

Tú pronuncias las palabras de tu gracia omnipotente que penetra en el corazón del ladrón y transforma el fuego infernal de su agonía en la llama purificadora

del amor divino.

El amor destruye la culpa de la criatura malvada. Y así el ladrón entra en el Paraíso de tu Padre. El ladrón entra en la vida de Dios

*¿Me darás a mí la gracia del atrevimiento temerario que exige y espera todo de tu bondad? ¿El coraje de decir, como si fuera el mayor de los criminales, "Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino?"*

### **3ª.- "MUJER, AHÍ TIENES A TU HIJO. HIJO, AHÍ TIENES A TU MADRE" (Jn 19,26)**

Está ya próxima tu muerte, la hora en que tu Madre tenía que estar cerca de ti. Esta es la hora que une, de nuevo, al Hijo y a la Madre.

La hora de la separación y de la muerte. Una vez más tu mirada contempla a la tu Madre. No le ahorraste nada: ni la alegría ni la pena, las dos surgían de tu gracia, las dos provenían de tu amor.

Tu Madre, tus hermanos y tus hermanas son los que cumplen la voluntad del Padre que está en los cielos.

A pesar de tu tormento, tu amor vibra de la ternura terrena que une al hijo y a la madre. En la suprema agonía de la salvación, te has conmovido por el llanto de una madre.

En ese momento, le has dado un hijo y al hijo una madre. Por esto la tierra nueva será posible.

Pero ella no estaba sola con el dolor de madre a cuyo Hijo matan, estaba en nuestro nombre como Madre de los vivientes. Ofrecía a su Hijo por nosotros. Lo mismo que dijo al ángel, cuando le anunció que sería madre del Mesías, ahora también dice su "fiat" (hágase) a la muerte del Señor.

Era la Iglesia junto a la cruz. Al entregar la Madre a Juan, el discípulo amado, nos la has entregado a cada uno de nosotros. ¡por eso la amamos tanto!

*Señor Jesús, en tu muerte nos diste a María, tu Madre. y ya es madre de la Iglesia. habrá inútil si me acojo a este materno corazón. Estaré presente cuando llegue el día de tus bodas eternas, en las que la creación, transfigurada para siempre, se unirá a ti para siempre.*

### **4ª.- "DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS ABANDONADO?" (Mt 27,36)**

Se acerca la muerte. No es el final de la existencia corporal, la liberación y la paz, sino la muerte que representa el fondo del abismo, la inimaginable profundidad de la angustia. Se acerca tu muerte. Desnudez, impotencia horrible, desolación desgarradora. Todo cede, huye... No existe más que abandono. Y en esta noche del espíritu y de los sentidos, en este vacío del corazón donde todo abrasa, tu alma insiste en llorar.

La tremenda soledad de un corazón consumido se hace en ti invocación a Dios.

¡Seas adorada oración del dolor, del abandono, de la impotencia abismal, del Dios abandonado! Si Tú, Jesús, eres capaz de orar en tal angustia. Desde el abismo por más profundo que sea, se puede gritar al Padre.

Desde la desesperación se puede hacer oración si busca refugio en tu abandono. Desde el dolor que ninguna palabra puede expresar, el grito es escuchado por

Dios.

Recitaste el Salmo 21 para hacer de tu abandono total una plegaria: "Dios mío, Dios, ¿por qué me has abandonado?". Notaste la lejanía de tu Padre. El que es "amor sin medida" te hace experimentar una lejanía mayor que la del pecador.

*Enséñame a escuchar tantos gritos de dolor, de abandono en nuestro mundo orar con las palabras de la Iglesia de tal manera que se hagan palabras de mi corazón. ¡Cuantos gritos de desamparo en nuestro mundo! ¡Pero Tú los escuchas!*

*Enséñame a orar cuando me encuentre en el máximo desamparo y experimente que Tú en el desamparo estás cerca, en silencio pero cerca.*

### 5ª.- "¡TENGO SED!" (Jn 19,28)

El evangelista Juan, que la escuchó, nos cuenta: "Sabíendo que todo estaba cumplido para que se cumpliera la Escritura, exclamó: ¡Tengo sed!". También aquí confirmaste la palabra tomada de los Salmos y que el Espíritu había profetizado ante tu Pasión. En el Salmo 21 se dice de ti: "Mi paladar está seco lo mismo que una teja, y mi lengua pegada a mi garganta", y en el Salmo 69, versículo 22, está escrito: "En mi sed me han abrevado con vinagre".

¡Oh Servidor del Padre, obediente hasta la muerte y muerte de cruz! Tú miras más allá, incluso en la agonía, en la que el espíritu se oscurece y desaparece la conciencia clara, intentas ansiosamente hacer coincidir todos los detalles de tu vida con la imagen eternamente presente en la mente del Padre. No te referías a la sed indecible de tu cuerpo desangrado, cubierto de heridas abrasadas y expuesto al sol implacable de un mediodía de Oriente. Cumplías la voluntad del Padre hasta la muerte con una humildad inconcebible y digna de adoración.

Así comprendiste toda la aspereza cruel de tu Pasión: era una misión que cumplir, no un ciego destino; era la voluntad del Padre, no la maldad de los hombres; redención de amor, no crimen de pecadores.

*Señor Jesús, sucumbes para que seamos salvos. Mueres para que vivamos. Tienes sed para que restauremos nuestras fuerzas en el agua de la vida. Tienes sed para que siempre tengamos sed de Dios. Nos invitaste a esta fuente cuando exclamabas: "Si alguno tiene sed venga a mí y beba, porque de mis entrañas correrán ríos de agua viva" (Jn 7,37).*

### 6ª.- "TODO ESTÁ CUMPLIDO" (Jn 19,30)

Está cumplido. Sí es el fin. El fin de tu vida, de tu honor, de las esperanzas humanas, de tu lucha y de tus fatigas. Todo ha pasado y es el fin. Todo se vacía y tu vida va desapareciendo. Desaparición e impotencia.... Pero el final es el cumplimiento, porque acabas con fidelidad y con amor. Tu declinar es tu victoria. Has andado tu camino.

¡Oh Señor!, ¿cuándo entenderé esta ley de tu vida y de la mía? La ley que hace de la muerte, vida; de la negación de sí mismo, conquista; de la pobreza, riqueza; del dolor, gracia; del final, plenitud. ¡Cuando vivimos desde tu voluntad, se cumple una misión divina en nuestra historia dura.

Sí, llevaste todo a plenitud. Se había cumplido la misión que el Padre te enco-

mendara. El cáliz había sido apurado. La muerte, aquella espantosa muerte, había sido sufrida. La salvación del mundo está aquí. La muerte ha sido vencida. El pecado, arrasado. Los poderes de las tinieblas son impotentes. La puerta de la vida se ha abierto de par en par. La libertad de los hijos de Dios ha sido conquistada. ¡Ahora puede soplar el viento impetuoso de tu vida nueva para todos! El mundo en la oscuridad comienza, lentamente, a iluminarse con el alba de tu amor.

*Tú que perfeccionas el universo, perfeccioname en tu Espíritu, ¡oh Verbo del Padre, que cumpliste todo en la carne y con el martirio!*

*¿Podré decir en la tarde de mi vida: "Todo está cumplido, he llevado a su término la misión que me encomendaste"?*

*¡Oh Jesús, sea cual sea mi misión que me haya encomendado el Padre -grande o pequeña, dulce o amarga, en la vida o en la muerte-, concédeme cumplirla como Tú cumpliste todo! Permíteme llevar a plenitud mi vida.*

**7ª.- "PADRE, A TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU" (Lc 23,46)**

¡Oh Jesús, el más abandonado de los hombres, lacerado por el dolor, es tu fin! Ese final en el que a un ser humano se le llega a quitar hasta

la decisión libre entre el rechazo y la aceptación. Es la

muerte. ¿Quién te arrastra o qué te arrastra? ¿La nada?

¿El destino ciego? No, ¡el Padre! El Dios que une sabiduría y amor. Así te dejas llevar y te abandonas en las manos ligeras e invisibles que a nosotros, incrédulos, amantes de nuestro yo, se nos presentan como el ahogo imprevisto, la crueldad y el destino ciego de la muerte.

Pero Tú lo sabes: son las manos del Padre. Tus ojos, en los que ya se ha hecho la noche, son capaces de ver al Padre y tu boca pronuncia la última palabra de tu vida: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Todo lo devuelves a quien todo te lo dio. Sin reservas confías todo a las manos de tu Padre. Has vivido el peso de tu vida que acarreaste solo: los hombres, su vulgaridad, tu misión, tu cruz, el fracaso y la muerte. Pero ahora puedes abandonarlo todo y a ti mismo en las manos del Padre. ¡Todo! Estas manos sostienen segura y cuidadosamente. Todo es luz y gracia, todo es seguridad al amparo del amor de Dios, donde la pena se puede desahogar en llanto y donde el Padre seca las lágrimas de las mejillas de su hijo con un beso.

*Jesús, ¿encomendarás un día mi pobre alma y mi pobre cuerpo a las manos de tu Padre? Depón el peso de mi vida y de mis pecados sobre la balanza de la justicia en los brazos del Padre. ¿Adónde huiré, donde me esconderé sino en ti, hermano en la amargura, que has padecido por mis pecados? Hoy me tienes ante ti. Me arrodillo bajo tu cruz. Beso tus pies que, silenciosos e intrépidos, me siguen con el paso sangrante por los caminos de la vida. Abraza tu cruz, Señor del amor eterno, corazón paciente, traspasado e infinitamente bueno. Ten piedad de mí. Y cuando mi peregrinar llegue a su fin, cuando el día decline y me envuelvan las sombras de la muerte acógeme en tu amor.*